

hacia locuras de audacia con su dinero para disputarnos la atención de todos. Era todo esto anuncio del tremendo desafío que se preparaba entre bromas corteses y fraternales, entre alegría de clérigos bonachones, en la excitación de la buena pero algo excesiva bebida.

Llegó un momento en que yo le ganaba un dineral al barón de Cabranes; algunos curas, menos amigos del oro que yo ordinariamente, pero también menos capaces de rasgos de grandeza y menos cuidadosos del brillo de su raza, me daban con el codo para que dejase de tentar á la suerte y me retirase con mi ganancia, que á ninguna trampa ni cosa fea debía; pero más caso hacía yo de los impulsos generosos del vino, también generoso, de la nobleza que inspira la suerte que sopla favorable, y particularmente de las miradas y sonrisas del conde, que parecían decirme: «Vamos, plebeyo, retírate si te atreves; ¡si lo estás deseando, hidalguelo! Sólo un noble como yo es capaz de seguir dando el desquite hasta que salga el sol á este pobre barón que pálido y tembloroso, por más que disimule, ya empieza á jugar sobre su palabra acaso más de lo que tiene.» Yo no cejaba; ganaba siempre, y siempre daba el desquite.

III

No sólo el orgullo me incitaba á darle tiempo y forma al barón para cambiar la rueda de la fortuna: también la simpatía que me inspiraba, la lástima que le tenía me animaban á ello. Fingía el infeliz gran serenidad: sonreía, sonreía sobre todo cuando la risa fina del conde le desafiaba, tentaba su valor. A cada nuevo golpe repetía Cabranes:

—Pero, amigo capellán, esto no vale; así va usted á acabar por perder de fijo... Basta, basta... le debo á usted...

—Adelante, adelante—interrumpía yo, entre la admiración de todos.

Empezó el trance fiero de jugar lo que ya no había presente; riqueza que se tenía ó no se tenía... ¡Pero bastaba la palabra de un noble! Yo no sé si creía en el dinero ausente, pero creía en la palabra. ¡Debajo de las piedras buscaría un Cabranes el dinero que ofrecía!

El conde, ante aquellos dos valientes, cada cual á su modo, lleno de envidia, empezó á apuntar la idea de que... todo era broma; de que no entendía el barón deber de veras lo que perdía de palabra... El barón, como si hubiese que mostrarse fino, *distinguido*, fingiendo seguir la broma de

que aquello *pareciese broma*... por el bien parecer, algo dijo en este sentido; pero mirando al conde y mirándome á mí de suerte que quería decir: «El que crea eso de veras, que yo no he de pagar *en serio*, me ofende como si me diera una bofetada». Y al barón nadie le abofeteaba sin pagar con la vida.

Tan lejos fué, huyendo de él, la suerte, que llegó mi ganancia á términos que me dejaban bien claramente ver que los Cabranes no tenían con qué satisfacer la deuda... sin que por eso dejasen de tenerla por sagrada.

Y yo seguía ofreciendo el desquite.

No lo jugaba, es claro, el barón todo de una vez; la vergüenza no le consentía doblar cantidades, que pronto hubieran hecho fabulosa la deuda; perdía poco á poco; iba cayendo de peña en peña, rebotando, por aquel abismo abajo.

Llegó un momento en que cesaron las fingidas bromas, los comentarios; el barón callaba por no jurar y desesperarse, yo por prudencia, los demás por la seriedad honda del caso.

Yo mismo sentí cierta alegría, como un consuelo, como si respirase mejor, la primera vez que dejó de perder el de Cabranes; ganó después otra cantidad, y otra, y otra; y en mí empezó ya cierto temor supersticioso; cuando lo ya desquitado por el barón montó á una suma de miles de duros, me dolía á mí en el alma aquel caudal imaginario

que acababa de irseme de entre... las musarañas de la fantasía, como si hubiera tenido que vender las pocas tierras de mis padres para pagar aquello.

Hubo después alternativas; la suerte coqueteaba, y entonces, mucho más que antes el orgullo, me ataban el egoísmo, el interés, la rivalidad, la lucha, á la terrible partida en mal hora empeñada.

Mi arrogancia, mi audacia de jugador afortunado, seguía después de que ya nada le debía á la suerte y si algo al barón; me parecía un derecho mío seguir ganando. Llegó un momento en que era yo quien tenía que intentar el desquite.

Entonces volvió á reir el conde, y era á mí á quien desafiaban y tentaban sus ojazos azules, nobles y fríos.

Ni se habló siquiera de interrumpir el juego. El cura hidalgo no era menos que el noble tronado; en eso estábamos. Se me daba el desquite, como lo había dado yo. Y corría la noche. Se acercaba el alba, y con ella la hora de decir misa varios de los que rodeaban la mesa cubierta con el cobertor peludo de Palencia.

El conde volvió á cesar en sus cuchufletas y risitas cuando yo, lleno á mi vez de vergüenza, empecé á perder también bajo mi palabra. El barón, radiante de alegría, con la generosidad poco segura de los afortunados, daba á entender muy discretamente que estaba dispuesto á creer en mis

riquezas fiduciarias como yo había creído en las tuyas.

Pero yo comprendía, con terror, que los circunstancias me concedían, en silencio, mucho más limitado crédito que al barón de Cabranes. Este era pobre para ser noble y para sustentar numerosa familia; pero, al fin, mucho más rico que el mísero capellán que vivía de pitanzas y de una pensión de limosna.

Con todo, seguí jugando. Yo también caía de peña en peña, rebotando, en aquel abismo de la deuda inverosímil; el tiempo volaba, la partida tenía que acabarse, entraba la luz del alba por las rendijas de los balcones cerrados y difundía por la sala el color de las capillas de los condenados á muerte, á la hora de la agonía. Seguía perdiendo poco á poco. Pero ya perdía miles y miles de duros. Los *mirones* empezaban á bostezar, á cansarse, el interés de lo incierto desaparecía; ya se veía la solución: que yo no me desquitaba. El conde, cansado de respetar mi desgracia, manifestó hastío, desdén; como era verdad que tenía el valor de despreciar sus propias pérdidas, se permitía despreciar también la mía; ya daba á entender que iba á suspenderse el juego, por el bien parecer, porque era muy tarde, es decir, muy temprano; con cierta crueldad fingía olvidarse de lo que allí más importaba, que era mi situación; daba por supuesto que yo también atribuía, ó

fingía atribuir, más importancia á la circunstancia de la hora que era, que al estado en que me iba á dejar la suspensión del juego.

Un rayo de luz viva entró, como si fuera la policía, hasta iluminar la baraja; se levantaron dos ó tres de los testigos de aquel duelo... y fuera sonó una campana. Tocaban á misa. La misa de Fray Fernando, que debían oír el conde, el barón y otros legos.

Desaparecieron los naipes, se retiró el cobertor, se abrieron los balcones, entró la claridad del día á borbotones y con las sombras desapareció la pesadilla. Pero quedaba la realidad de que ya parecía acordarme yo solo. Debía al barón de Cabranes miles de duros.

Aquella mañana yo no dije misa. Cuando volvieron los demás de oír la de Fray Fernando, nos reunimos en el cenador de la huerta del conde á tomar chocolate.

Vegarrubia, ó me tuyo lástima, ó quiso menospreciarme. Y volvió á su tema de que la partida, en la parte confiada al crédito, había sido broma. Daba por hecho que el barón no creía que yo, con toda formalidad, le debía tantos miles de duros. Llegaron señoras y el conde insistió en hablar del *capital* que yo debía. Entonces hice lo que antes había hecho el barón: fingir que creía fantástica la deuda, cosa de *juego*, de buen humor... Pero mi modo de mirar al barón debió darle á entender lo

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

mismo que yo había comprendido en su mirada de aquella noche: que era darme de bofetadas el pensar que yo creía aquello que estaba diciendo: «No tengo con qué pagar, decían mis ojos, pero debo... y para este hidalgo, para pagar, lo esencial no es tener, sino deber. Debo... luego pago... aunque no tenga. Dios no hace milagros con el dinero, que es vil, y menos á favor de los jugadores; pero un hidalgo como yo, aunque sea cura, paga... paga...»

El barón sonreía... pero bien comprendí que no senegaría á cobrar todo lo que yo pudiera pagarle.

Al conde no le miré siquiera.

Al día siguiente escribí al de Cabranes una carta, porque no me atreví á ir á decirle en persona «que esperase;» y en la carta le decía, en sustancia, esto: «Ahí va todo lo que tengo, todo lo que hoy por hoy es mío. Seguiré pagando á medida que pueda, y crea usted que no me reservaré más bienes que los que la ley más severa concede al deudor menos digno de miramientos. Hasta que pague *todo* lo que debo, que es mucho más de lo que yo puedo ganar en muchos años, atado como estoy de pies y manos, para hacerme rico, por mis votos, hasta que *no le deba nada, me condeno á presidio, á trabajos forzados de miseria, de sordidez, de avaricia. Hágame el favor de aceptar esta manera de cumplir con usted, estos plazos indefinidos, pero seguros; y además, no como favor, con el derecho que me asiste, le pido que ni por las*

mientes se le pase hablar de perdonar la deuda, ni reducirla ni cosa por el estilo. Antes que nada, *aun antes que sacerdote*, soy hombre. Este deber de pagar deudas de juego no es cosa de mi ministerio, porque el buen sacerdote no juega, es deber *humano*, de mi condición pecadora de hombre vicioso... pero hidalgo.»

El barón me contestó muy fino, muy *correcto*, como se dice ahora, dándome para el pago todos los plazos que quisiera, y no aludiendo ni remotamente á la idea de perdonar ni de reducir la deuda. Era lo que yo le exigía... y sin duda lo que él necesitaba.

¡Estaban tan pobres!

Después de leer su carta, satisfecho, *en cierto modo*, pero por mil razones aturdido, loco... dirigíme por instinto al reclinatorio de mi alcoba, sobre el cual estaba abierta la Biblia por el Nuevo Testamento.

¡Luz, Señor! grité, y, de rodillas, lancé una mirada sobre el sagrado texto.

Decía:

«Deja tus bienes á los pobres y sígueme.» Pero yo lei: «Deja tus bienes *al barón* y sígueme.»

Ya sabía el camino: Todo para el barón, para mí la pobreza. Mi sudor, mi trabajo, mis afanes, mis ganancias, el *oro serio, inflexible*, con el cual no se hacen *milagros*... para mi deuda.

IV

Deber... y no poder pagar es un tormento que se le olvidó al Dante en su *Infierno*. Por algo se llama *deber* á la obligación; el deber supremo... es pagar lo que se está en *deber*. La conciencia me decía que yo iría á buscar siete estados bajo tierra lo que se me debiera, lo que fuese mío y no me lo dieran... pues lo mismo había de respetar el derecho de los demás. Y lo respetaba. Mi acreedor para mí era una cosa sagrada, casi un ídolo de terror. Comprendía aquella ley de las XII Tablas, que al que no pagaba lo entregaba sin defensa al acreedor. «Ni *judicatum facit... secum ducito, vincito, aut nervo, aut compedibus...* Si no paga que le lleve á su casa, y si quiere que le encadene, le ponga correas ó hierros en los pies...» Y luego, si no hay quien compre al misero eselavo de lo deuda... *tertiis nundinis partis secanto*; pasado el tercer día de mercado, que le partan en pedazos y se lo repartan los acreedores.

Ya lo sabía el barón; como yo no valía nada, como ni de balde habría quien me quisiera, podía partirme en cachos, hacer de mí picadillo. Esta era la ley que yo encontraba justa. Me hubiera vendido al *otro lado* del *Nalón* (ya que el Tiber

estaba lejos), de muy buena gana, para pagar á Cabranes aquellos miles de duros. Pero ¿quién compra á un sacerdote... que *no se vende*? Porque ¡ay!, cómo sacerdote, yo no me vendía. Bien sabía yo que el dinero que necesitaba para pagar no lo adquiriría jamás por medios ilícitos. Y los lícitos en mi profesión ¡eran tan poca cosa! ¿Camino del clérigo para la riqueza? La simonía. Yo no había de ser simoníaco. Veía que otros, sin valer más que yo, llegaban á obispos, juntaban grandes rentas; pero yo no era bastante virtuoso, ni bastante sabio para merecer por tales conceptos subir á las alturas; ni era intrigante y adulator y falso, mojigato, hipócrita, para usurpar las dignidades primeras debidas al mérito. Además, no me sentía ambicioso; me faltaban las alas aquilinas de la vanidad y el orgullo; mi pobre vuelo de gallina me apartaba de la ambición y me condenaba á la avaricia cominera, á escarbar en las miserícuas de la vida prosaica, rastrera, para chuparle á la tierra gusanos. Por aquel tiempo cayó en mis manos un libraco, pienso que de un señor Bastiat, en el que vi la apología del ahorro; allí se cantaban los milagros del *petit centime*. ¡Aquél era mi camino! Por el *céntimo* tenía yo que ir en busca de mi *reconquista*, de mi libertad, perdida en las cadenas de la deuda. Pero ¡ahorrar! ¿Cómo ahorra un pobre capellán, que si tiene para cenar no tiene para comer? En otro oficio, yo estaba seguro de que mi

ingenio me ayudaría para ganar, á fuerza de trabajo y escasez, para mis necesidades, lo que bastara á cumplir con mi compromiso; pero la sotana me ataba y me impedía la acción, la defensa, como al pobre Agamenón la enmarañada urdimbre que Clitemnestra arrojó sobre su cabeza, para que á mansalva le rematara Egisto.

Estábame prohibido el comercio, para el cual yo me sentía con grandes facultades; no se me abría ninguna otra puerta del templo de la riqueza, por donde pudiera pasar dignamente un sacerdote. ¡Ser buen hombre, buen sacerdote, y tener que ganar miles de duros *sin falta*, para pagar una deuda sagrada, de caballero!

Admití, aunque vi que era meterme en un callejón sin salida, un humilde curato que se me ofreció; lo firmé resignado, y metime en Vericueto como en una cueva, que no era, ciertamente, la de una mina.

Veinte años llevo arañando la tierra, cuidando esta pobre viña del Señor, donde he tenido que encerrar toda mi actividad, todos mis esfuerzos. Me sitié por hambre; me traté como un anacoreta. Pero esto no era lo más doloroso. No bastaba lo que yo pudiera ahorrar escatimándolo á las necesidades de mi propio cuerpo; si quería llegar á juntar algo, *ir pagando* poco á poco, tenía que poner á contribución á los demás, á los que tenían derecho á mi caridad, á los pobres. La caridad

para mí era un lujo que mi deuda me prohibía: «Tendré la caridad en el corazón,» me dije; pero esto mismo llegó á parecerme una hipocresía; desear el bien ajeno y no procurarlo, compadecer á los demás y no ayudarlos con la limosna, me repugnaba; preferí endurecerme hasta que llegaran tiempos mejores. No admitía cohecho, pero no perdonaba derecho. Todo lo que podía legítimamente conseguir del pie de altar, lo procuraba. Era una ley inflexible, á la romana. Esta dureza, esta inflexibilidad, las conseguí pensando una cosa muy sencilla: que mi dinero no era mío, era de Cabranes; que toda largueza, toda liberalidad, por mi parte, hubieran sido falsas; un fraude, pues yo no tenía derecho á ser generoso con lo que era ajeno, de mi acreedor.

Todo lo que yo ganaba en mi humilde parroquia, y ganaba cuanto era canónicamente lícito, iba á manos del barón, cuya pobreza aumentaba cada día. El recibía mis remesas, la *renta* de mi deuda, en silencio, triste, algo humillado. No me las hubiera reclamado, pero daba á entender que siempre llegaban á tiempo, que se contaba con ellas.

En tanto, mis piadosos feligreses iban creando la leyenda de mi avaricia. «¡El cura tenía gato!» El *gato del cura* hacía soñar á muchos aldeanos. Como no se sabía que yo colocara en parte alguna mis ahorros, se dió por averiguado que los guar-

daba en el arca que estaba debajo de mi cama, arca cerrada con buena llave y candado.

Yo era un avaro sin entrañas. La cosa ya no tenía remedio. Los primeros años, este mal concepto del público me dolió mucho; pero más me dolía no poder ser un buen párroco, liberal con los necesitados de mi parroquia. No lo era. Cada cual pagaba lo suyo. Poco á poco me fui acostumbrando al papel que representaba, y como dicen los periódicos, llegué á cultivar el arte por el arte. Sí, me aficioné á mi cadena, á mi tortura; como otros llegan á tomar cariño á un achaque, á un dolor, yo me enamoré, sin sentirlo, de la vida á que me llevó la necesidad. En el ahorro, en la parsimonia, en el cálculo cominero, hasta en las costumbres sórdidas, llegué á encontrar cierto placer. Llegué á verme yo mismo cual me veían los demás. Mis ganancias de lento aluvión, siempre eran para mi deuda; pero vine á ser avaro por mi cuenta; fué una vocación que me nació *adaptándome al medio*, ejercitando los *órganos* correspondientes á aquella necesidad. ¡Hasta darwinista en acción me obligaba á ser mi deuda *implacable!*

El genio del comercio, de la ganancia industriosa no pudo contenerse dentro de mí, salió por donde pudo, y empecé á intentar ciertos tratos lícitos *per se*, pero no muy conformes con la dignidad de mi oficio. Empecé cuidando cerdos y gallinas con particular esmero: ya que no podía ser

caritativo con el prójimo, quise tratar bien á los animales, cebándolos á cuerpo de *rey...* para sacarles más producto. Los cuartos de los derechos parroquiales se convertían en tocino y en huevos frescos con asombrosa rapidez, para volver, mediante la circulación de *la sangre del mundo*, del *vil metal*, á trocarse en moneda, aumentada con el debido rédito; y de mis manos pasaba á las de Cabranes.

✓ Pero mis delicias, mi consuelo mayor, acabé por encontrarlos en mi huerto; en las berzas particularmente. Hortelano como yo, y no lo digo por alabarme, no lo hay en veinte leguas á la redonda.

Leí las *Geórgicas* de Virgilio, leí á Columela y con mayor encanto leí, devoré, el libro de Catón el Antiguo, *De re rustica*, que me enseñaba la *bucólica de la avaricia*, la *égloga del interés*. Amar la naturaleza, amar el campo, para sacarle el rédito, el fruto, vino á ser el único placer de mi vida.

Los maliciosos de la parroquia dieron en murmurar, bien lo sé, que Ramona y yo nos entendíamos, y que no eran mis berzas y mis gallinas, mis cerdos y mis perales todos mis amores.

Pura calumnia: cuando Ramona entró en la rectoral ya era mi castidad cosa definitiva; ¿una virtud? no lo sé; un hábito, ó mejor acaso, *desuetudo*, es decir, que en mi organismo, como ahora se dice, había prescrito la lascivia. «Deja la lujuria un mes y ella te dejará tres,» dice la sabiduría

popular: pues yo había dejado la lujuria meses y meses y ella me dejó á mi años y años. Cuando á los cinco ó seis de ser yo párroco Ramona entró en casa, todavía era una real moza, es verdad; pero si yo la guardé en mi hogar hasta los días de mi vejez y la suya, no fué por sus encantos físicos, sino por lo bien que me ayudaba á ser económico, avaro. Mujer más sórdida por naturaleza no la he conocido. Es una máquina casera de barrer para adentro, de *no gastar*. De ella salió la peregrina invención que siempre pusimos en práctica, de fingirse mas sorda que es y desaparecer de casa, ó esconderse cuando venían á visitarme personas á quien yo debía obsequiar convidándolas á comer ó á refrescar. «¡Ramona! ¡Ramona!» gritaba yo. Y nada, á la otra puerta. Ramona jamás parecía; y como el cura mismo no había de poner la mesa, ni fregar los platos, ni sacar el puchero de la lumbre, se dejaba el agasajo para otra vez. Muchos *céntimos* me hizo ahorrar en esta vida transitoria Ramona Cecillo. Pero lo que ella no sabe es que á mí no me la da ningún gallego; y gallega es el ama de este cura. Verdad es que Ramona era que ni pintada para ayudarme en la avaricia y en el comercio de gallinas, legumbres, frutas, etc., etc..., pero ¿cree ella que en pago de sus servicios le voy á dejar una buena manda? ¡Cá! Nada le debo. Tengo bien echadas mis cuentas. Lo sisado por lo servido. Yo he tenido siempre una cuenta corriente abierta á

sus rapiñas domésticas; siempre llevé el exacto balance de lo que ganaba gracias á ella, y de lo que ella me hurtaba por unas y otras mañan; y en Dios y en mi conciencia que á la hora presente no le debo un ochavo. No debo nada á nadie... ¡ni al barón de Cabranes!, que á estas horas, con la venta de lo poco mío y lo ya cobrado año tras año, tiene al fin en su poder todos los miles de duros que me ganó en aquel terrible desquite de la terrible noche en que tal vez yo gané el infierno. Iré acaso al infierno, sí, pero iré sin trampas; como un mal sacerdote, y como un buen caballero.

No, no me queda nada; desnudo nací, desnudo me hallo... porque con el *gato del cura* no cuento como cosa mía, pues hace mucho tiempo que todo lo que en él he ido metiendo poco á poco lo considero propio de mi *universal heredero* D. Gil Higadillos y Fernández.

Y es mi voluntad que al llegar á este punto en la lectura de mi testamento, si por tal puede pasar este papel, el mismo Higadillos, ó la persona que en su ausencia leyere en alta voz este documento, proceda al registro del arca hasta que claramente se vea en qué consiste el *gato del cura de Vericuetto*, mi única herencia, bien liquidada, que quiero que guarde como recuerdo y enseñanza mi amigo D. Gil Higadillos.»

V

Al llegar á este punto en su lectura, Higadillos, que estaba verde, se inclinó sobre el arca que habíamos sacado de su escondite, que era bajo la cama del difunto, y empezó á sacar papeles y papeles, todos iguales, todos pequeños y escritos sólo por un lado. Unos cuantos renglones y una firma; la firma del barón de Cabranes. Eran los recibos de las cantidades que Celorio, el cura de Vericuetto, había ido entregando á su acreedor para ir matando la deuda, el cáncer de su vida. Celorio había visto la tierra de promisión: la libertad. Moría cuando ya no debía nada. Por eso contaba Ramona que pocos días antes, como un pobre ciego se hubiera parado á la puerta rascando un violín, al ir á echarle ella con cajas destempladas, según costumbre, oyó la voz del amo que gritaba:

—¡Que pase quien sea! ¡que pase!

Y había pasado el ciego, y el cura, con cara de Pascua, le había entregado dos monedas de dos pesetas, que había cobrado aquella tarde y con las cuales había dormido la siesta apretándolas en el puño.

Aquellas cuatro pesetas debían de ser las pri-

meras *realmente suyas* de que podía disponer el *siervo de su deuda*, después de tantos años.

Al presenciar tal *locura*, tal liberalidad, Ramona había murmurado:

—¡El amo está de muerte!

Y murió, en efecto, á los pocos días.

Lo malo era que Higadillos ya había publicado en una *Biblioteca diamante* muy cuca, el poema burlesco que había terminado aquel verano. Y por cierto que, sin saberse por qué, había gustado, se vendía bien y el editor le había entregado algunos miles de reales, pocos miles, dos ó tres.

—¿Qué hago yo con este dinero?—me preguntaba Higadillos, avergonzado, pensando en las *calumnias humorísticas* de su poema, en el *gato del cura—de viejas peluconas bien repleto*, que él había heredado y no era más que un montón de papeles inútiles.

—¿Qué hago yo con este dinero?

Por fin hizo lo que yo le aconsejé:

Lo gastó mandando decir, por el alma del cura de Vericuetto, las misas de San Gregorio.